

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXVIII

Junio de 1951

Núm. 312

Puntos de vista

En torno al Congreso de Academias

Es de un alto interés científico y cultural, la iniciativa de los escritores de Méjico, de convocar en América, esta vez Méjico, a todas las filiales de la Academia Española, esparcidas en los dos continentes.

Es lamentable, sí, que a ese Congreso, por razones ajenas al idioma, no asistiesen los españoles.

Y era, sin embargo, lo que se deseaba, estoy seguro, para estudiar de acuerdo, el problema del castellano y de su vocabulario, casi fuera del control científico en este instante de su desarrollo lingüístico.

La sintaxis, vital estructura de todo idioma, permanece invariable. Es lo lógico, por lo demás.

El fenómeno esencial, el fenómeno vivo del idioma, es el prodigioso florecimiento verbal de cada país hispanoamericano, en relación con el medio y su evolución demográfica y social.

Se nos ocurre que este problema debió primar sobre cualquiera otro, pero por razones de organización (la Academia es más una cámara que un instituto científico) fué discutido en comisiones de filólogos y de aficionados a la filología, sin llegar a un resultado práctico, eficiente.

Una lengua, a pesar de su cristalización fonética, la palabra, es semejante a una selva que germina con potente vigor, al

crear expresiones, modificando las antiguas o haciendo nacer nuevas voces o modalidades idiomáticas peculiares.

Las academias, tan gratas a los países latinos, conservan aún su solemnidad exterior, decorativa, pero en estos últimos tiempos ha predominado, por fortuna, una orientación científica, que determinará, en nuestra opinión, el futuro de esta clase de organizaciones.

Los anglosajones, ante todo hombres de acción, no han fundado academias de la lengua. No había para qué. La autoridad es el creador, el artista.

Una expresión colonial, sea del oriente o del occidente del Imperio, que no figura en los diccionarios usuales, es incorporada sin más estudio, al léxico, aunque sea una raíz hindú o un término franco-canadiense.

Un Dickens, al usar en los diálogos de sus novelas, palabras y modismos del bajo pueblo de Londres, o un Kipling, o un Conrad, al hablar de los ingleses en la India o en los mares de Oriente son, en realidad, las verdaderas autoridades del idioma inglés.

Creemos que es el único camino razonable, como si dijéramos, la conciencia de la inconsciencia; es decir, la anotación de lo que no se ha creado artificialmente, sino que es fruto espontáneo de la realidad, de la vida.

En los países latinos y nos referimos especialmente a España, un vocablo cualquiera debe pasar por la criba académica, aunque ya se esté usando en todas partes.

Durante años, el diccionario de la Academia no avanzó gran cosa por esto mismo, si lo comparamos con el de Autoridades, de fines del siglo XVIII, cuyo criterio es parecido al de los países anglosajones.

Lo que motivó la sabrosa «Fe de erratas del diccionario de la Academia Española», que publicó Antonio de Valbuena en 1887.

A veces injusta, esta «Fe de erratas» se caracteriza por la justeza de las observaciones filológicas y el método que aconseja en la redacción de las definiciones.

A la intervención de Menéndez Pidal, entonces Presidente de la Academia, se debe la creación de las filiales de América y un concepto moderno, estrictamente científico, en la apreciación de los fenómenos de la lengua.

Se refleja, muy bien, esta nueva orientación en el diccionario, publicado en 1939.

Definiciones más claras y la incorporación de numerosos americanismos que dan al diccionario una fisonomía original, casi pintoresca, algo como un aire de familia entre España y América que se había perdido desde la colonia.

Es ya un criterio realista que va a favorecer, basado en observaciones rigurosas, el futuro del castellano.

Más que el inglés y el francés posee el castellano, por la variedad misma de los pueblos de origen español, peculiaridades regionales, desde Méjico a Chiloé, en que intervienen blancos, mulatos y mestizos sin que se pueda prescindir de ellos.

Igual multiformidad tuvo el latín, al desmoronarse el imperio romano. Cada dialecto romance era una nueva modalidad, mesológica y psicológica, pero en esos estados de transformación murió el latín y vivieron sus descendientes lingüísticos.

El castellano de los conquistadores permanece invariable en su sintaxis. Era la lengua culta, frente a los idiomas indígenas de América, pero su vocabulario se amplió con nuevos términos, naturales gérmenes del medio y de los habitantes.

Y ha sido este aspecto el que, por fortuna, se ha discutido más que ningún otro en el Congreso de Academias de Méjico.

En 1842, don José Victorino Lastarria intuyó agudamente el futuro del castellano de América, al recomendar la lectura de los clásicos, como base de la sintaxis; pero los pueblos de América, de origen español, diversos por la edad, por el medio y por el hombre, de la madre patria, debían conservar, dignificándolos

literariamente, los vocablos y modismos, que significaban un matiz psicológico o una peculiaridad del medio, donde había nacido.

!Debemos, pues, defender el vocablo criollo, como se ha defendido el neologismo de otro tipo, hijo del progreso científico de la civilización moderna y al entendernos en este punto, nos comprenderán mejor los españoles y nosotros los comprenderemos a ellos.

Ignoramos si en los temas tratados en el Congreso se habló de las palabras indígenas, las que denominan productos netamente aborígenes y las de la toponimia.

Seguramente que sí. Ya en Chile, el filólogo alemán Rodolfo Lenz, en su admirable «Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas americanas», libro no superado aún en América ni en España, marca el verdadero rumbo que deben seguir los estudiosos del idioma, respecto a estos vocablos tan típicamente americanos.

No cabe duda, entonces, de que a estas fundaciones académicas, convertidas en Institutos Científicos y abandonando para siempre el antifilológico limpia, fija y da esplendor, han de recoger el tesoro de vocablos, dichos y refranes de América, en cada uno de los cuales está visible, por lo demás, la herencia de España y de su idioma.